



LA SEMANA
DE ROMÁN
REVUELTAS

Eriksson allá y nosotros acá

Jamás nos hemos detenido a reflexionar sobre las dificultades que él/pudo haber encontrado —aquí, en un país esencialmente desorganizado— para desempeñar su cargo. Nos hemos dedicado a lanzar la jeremiada de que “no conoce al jugador mexicano” como si la naturaleza de nuestros futbolistas fuera absolutamente excepcional

Habría que preguntarle, al señor Sven Goran Eriksson, cómo se sintió dirigiendo un grupo en el que, entre otras cosas, un competidor no viaja porque ha perdido el pasaporte. O, acaso ¿lo van a culpar también a él de que no haya llevado a sus pupilos de la manita, con los documentos de identidad embutidos en una bolsita de plástico atada al cuello? Pero, de seguro no respondería nada el hombre: ha sido muy diplomático, muy serio y muy cuidadoso. Tal vez lo más cercano a un exabrupto que tuvo fue reaccionar con cierta irritación al descubrir que la prensa nacional —dando por sentado que los cumpleaños son las fechas más importantes en la vida de los individuos y suponiendo, por lo tanto, que el director técnico de la selección nacional había cancelado un entrenamiento para celebrar, cual jefe de departamento de la Secretaría de la Reforma Agraria o diputado local o líder de los petro-

leros, su aniversario con los amigos— había, en efecto, difundido la especie de que los muchachos habían tenido el día libre por esa razón. No lo vimos tampoco hacer comentario alguno sobre el ridículo numerito de Nery Castillo ni crucificar públicamente a los jugadores —tales que Márquez— que tan reiteradamente practican el arte de hacerse expulsar de la cancha.

Naturalmente, un líder de futbolistas mexicanos genéticamente puros no necesariamente debe ser un caballero. Ni tampoco, por lo que hemos visto, necesita haber cosechado esos triunfos, los de Eriksson como entrenador que, con perdón, no los tienen ni Aguirre ni Hugo Sánchez ni, por ejemplo, Maradona, un personaje que, ya que lo mencionamos, de seguro encajaría mucho mejor en el perfil del director técnico que necesitamos por estos pagos. Imagínenlo ustedes al frente de la Suprema Selección Nacional de Patabola de Estados Unidos (Mexicanos), soltando vul-

gares bravatas aderezadas de esa egolatría de emperador absoluto

El asunto, ahora, es hacer lo que nunca hemos hecho. Pero, eso sí, será a nuestro aire y a nuestra manera, como siempre hemos llevado las cosas. El pequeño detalle de que tampoco hemos triunfado, pues... no tiene importancia



que exhibe. Muy motivante para los jugadores.

Aguirre no es un tipo así, desde luego. Le reprochan, curiosamente, haber sido demasiado buena gente con la banda del Atlético de Madrid y haber perdido el control del vestuario. Pero, es un hecho que los comunes mortales no podemos siquiera imaginar las dificultades de manejar a una pandilla de individuos protagónicos, ensoberbecidos, de no demasiadas luces y, encima, muy propensos a la deslealtad —y al desafío— por poco que te atrevas a dejarlos sentados en el banco de los suplentes o que se te ocurra cambiarles el sistema de juego. Creo, en ese sentido, que la profesión de director técnico es una de las más terroríficas que puede haber. Por si fuera poco, en los partidos de fútbol nada está escrito de antemano y las emociones siguen el pulso que marca el cronómetro.

En fin, lo más interesante de la historia de Eriksson es que jamás nos hemos detenido a reflexionar sobre las dificultades que él pudo haber encontrado —aquí, en un país esencialmente desorganizado— para desempeñar su cargo. Nos hemos dedicado a lanzar la jeremiada de que “no conoce al jugador mexicano” como si la naturaleza de nuestros futbolistas fuera absolutamente excepcional y, por lo tanto, imposible de interpretar para un profesional venido de otras latitudes. Me gustaría que alguien me dijera, concretamente, *qué* es lo que hubiera debido saber Eriksson sobre el alma profunda de los mexicanos. Ahora bien, supongamos que somos, pues sí, un pueblo poseedor de rasgos irrepetibles que, a su vez, exigen cuidados especiales y tratos exquisitos. Si así fuere y si a tal condición se respondiera con un director técnico hecho a la medida, entonces ¿estarían garantizados los triunfos de México en *todas* las canchas? ¿Ganaría el equipo no sólo en el estadio Azteca sino en Centroamérica, Europa y los Estados Unidos? ¿Podría enfrentar, jugándoles de tú a tú, a jugadores *diferentes*, a suecos, italianos, checos, ingleses, alemanes, argentinos y brasileños? No respondamos a

esta pregunta porque ya viene Aguirre y a él le tocará certificarla con logros que nadie, ni extranjero ni mexicano, ha alcanzado jamás en la historia de nuestro fútbol. Porque, digo, de eso se trata ¿o no? El asunto, ahora, es hacerlo que nunca hemos hecho. Pero, eso sí, será a nuestro aire y a nuestra manera, como siempre hemos llevado las cosas. El pequeño detalle de que *tampoco* hemos triunfado, pues... no tiene importancia. ■■

revueltas@me.com

